

Teoría social, metodologías en fuga y materialidades en el establecimiento académico: apuntes desde un prisma anarquista¹

<https://doi.org/10.25058/20112742.n58.06>

EDUARDO RESTREPO²

<https://orcid.org/0000-0002-5634-465X>

Universidad Católica de Temuco, Chile

eduardoa.restrepo@gmail.com

Cómo citar este artículo: Restrepo, E. (2026). Teoría social, metodologías en fuga y materialidades en el establecimiento académico: apuntes desde un prisma anarquista. *Tabula Rasa*, 58, 99-116. <https://doi.org/10.25058/20112742.n58.06>

Recibido: 10 de diciembre de 2025

Aceptado: 12 de febrero de 2026

Resumen:

Este artículo examina la teoría social contemporánea desde un prisma anarquista, proponiendo un desplazamiento crítico frente a la centralidad del Estado y el capital como horizontes incuestionados de inteligibilidad. También se abordan metodologías en fuga como una interrupción de los diseños convencionales de investigación, subrayando la necesidad de desenganchar la producción de conocimiento de su subordinación a lógicas de financiamiento, validación y utilidad. El texto cierra con el análisis de las materialidades en el establecimiento académico asociadas a la creciente empresarización de la universidad y el posicionamiento de las burocracias académicas. Mientras la crítica discursiva se admite, las interrupciones prácticas de estas lógicas encuentran límites estrictos derivados de la falta de coherencia de quienes se conciben críticos de los constreñimientos e implicaciones del establecimiento académico.

Palabras clave: anarquismo; teoría social; metodologías en fuga; establecimiento académico; sentido común liberal; burocracia académica.

¹ Este artículo es resultado de la investigación sobre teoría social e imaginación política llevada a cabo en el Centro de Investigación, Innovación y Creación de la Universidad Católica de Temuco, Chile.

² Investigador adjunto Centro de Investigación, Innovación y Creación Universidad Católica de Temuco. Ph.D. en antropología (con énfasis en estudios culturales), The University of North Carolina at Chapel Hill.

Social Theory, Runaway Methodologies, and Materialities Within the Academic Establishment: Notes from an Anarchist Perspective

Abstract:

This article examines contemporary social theory from an anarchist perspective, putting forward a critical shift away from the centrality of the State and the capital as uncontested horizons of intelligibility. Additionally, runaway methodologies are addressed as disrupting conventional research designs, highlighting the necessity to detach knowledge production from subordination to the logic of funding, validation, and utility. The article concludes with an analysis of the material realities within the academic establishment associated with university growing corporatization and academic bureaucracies positioning. While discursive criticism is tolerated, practical challenges to these logics face strict limits stemming from the lack of consistency among those who claim to be critical of the constraints and implications of the academic establishment.

Keywords: anarchism; social theory; runaway methodologies; academic establishment; liberal common sense; academic bureaucracy.

Teoria social, metodologias em fuga e materialidades no estabelecimento acadêmico: anotações desde um prisma anarquista

Resumo:

Este artigo examina a teoria social contemporânea desde um prisma anarquista, propondo um deslocamento crítico diante da centralidade do Estado e o capital como horizontes inquestionados de inteligibilidade. Também aborda as metodologias em fuga como uma interrupção dos desenhos convencionais de pesquisa, destacando a necessidade de desenganchar a produção de conhecimento de sua subordinação a lógicas de financiamento, validação e utilidade. O texto conclui com a análise das materialidades no estabelecimento acadêmico associadas à crescente empresarialização da universidade e ao posicionamento das burocracias acadêmicas. Enquanto é admitida a crítica acadêmica, as interrupções práticas dessas lógicas encontram limites estritos derivados da falta de coerência daqueles que se concebem críticos das restrições e implicações do estabelecimento acadêmico.

Palavras-chave: anarquismo; teoria social; metodologias em fuga; estabelecimento acadêmico; sentido comum liberal; burocracia acadêmica.

Introducción

La mayoría de académicos suele tener una idea muy vaga sobre qué es el anarquismo, o lo rechazan sirviéndose de los estereotipos más burdos.

David Graeber (2011, p. 10)

En el establecimiento académico contemporáneo asistimos a una creciente miseria de la imaginación teórica y política que se expresa en la reiteración de lugares comunes e investigaciones cuyos resultados son la constatación de lo que ya se sabe. Se publica mucho, pero con frecuencia repitiendo lo que ya sabemos, reproduciendo un pensamiento con garantías. La crítica se ha vuelto cada vez más un gesto ritualizado, más cercano a la marcación moral que a la problematización sustancial del sentido común liberal en el que a menudo se mueve (Ferrero, Rojas & Restrepo, 2025).

Este panorama se ve reforzado por las condiciones institucionales de producción académica, cada vez más subordinadas a lógicas productivistas y a circuitos de validación que privilegian la repetición de agendas y vocabularios en boga. La bulímica urgencia por publicar en las «revistas de alto impacto», en inglés y con prácticas escriturales impuestas por el canon, termina por desalentar elaboraciones teóricas arriesgadas o investigaciones que desborden los formatos establecidos por las poderosas y omnipresentes burocracias académicas (Ferrero, 2025). En este contexto, la imaginación teórica y política opera básicamente como la administración de repertorios disponibles, en lugar de abrirse a lo no pensado. Pocos se arriesgan a algo que no sea plegarse a lo que se espera que hagan.

El anarquismo, que ha sido siempre plural, puede constituirse como una alternativa frente esta creciente miseria de la imaginación teórica y política que atraviesa hoy al establecimiento académico. Al habilitar otras preguntas e imaginar otros modos de indagación, desde un horizonte distinto sobre el para qué de la labor académica, un prisma anarquista podría contribuir a sacudir las inercias del establecimiento académico, con sus arrogantes burocracias académicas. Esto es lo que anima el presente texto, aunque sin la ingenuidad de que bastaría con invocar otros horizontes y cartografiar otras prácticas para que se materialicen. El establecimiento académico está constituido por comodidades y conveniencias que se opondrán abiertamente a este tipo de desplazamientos ya que socavan directamente los autoritarismos sobre los que se fundamentan no pocos prestigios y privilegios.

Un prisma anarquista

Como lo indica David Graeber (2011, p. 10) en el epígrafe de este artículo, innumerables y poderosos son los prejuicios e ignorancias de los académicos con respecto a los anarquismos. De ahí que, antes de entrar en materia, no está de más hacer una breve caracterización sobre el anarquismo.³ No se trata únicamente

³ Aquí realizo una caracterización muy esquemática del anarquismo. Para un abordaje más detallado, ver Makaran & Brancalone (2024).

de una obliteración menor, sino de un efecto más profundo de las formas dominantes de la imaginación teórica y política que no es para nada inocente.

Este desconocimiento es síntoma de una economía del saber que ha privilegiado

históricamente ciertas formas de inteligibilidad de lo político, en particular aquellas articuladas en torno al Estado, la soberanía y la institucionalidad, relegando o deslegitimando otras modalidades de organización social que no se ajustan a esos marcos. La marginalización de los anarquismos en el canon dominante revela un sesgo constitutivo en la producción académica, donde lo que no encaja en los lenguajes de la gobernabilidad y la autoridad tiende a ser invisibilizado o caricaturizado.

Primero que nada, insistir en que el anarquismo supone una lucha contra el autoritarismo, en cualquiera de sus manifestaciones. No se trata simplemente de una crítica a formas específicas de gobierno o a instituciones particulares, sino de un rechazo a cualquier estructura que imponga dominación, jerarquías o coerción. Ni dios ni amos es el lema anarquista que condensa este rechazo a los autoritarismos. Desde el anarquismo la lucha contra la explotación del ser humano por el ser humano es indispensable pero insuficiente, debe complementarse con las luchas contra los autoritarismos que soportan las jerarquías naturalizadas y la dominación de unos por otros.

Para los anarquistas el Estado no es ese aparato neutral del que hablan los liberales ni una instancia necesaria de la vida social, sino que es una estructura histórica de dominación que concentra el poder en manos de unos que lo ejercen en gran parte mediante la amenaza de coerción y la violencia, sancionando la desigualdad social y posibilitando una serie de privilegios para los sectores y las clases gobernantes. La obediencia no se impone únicamente mediante la amenaza de la fuerza directa, sino también a través de su internalización como norma, pero sobre todo con la instauración de la idea que no es posible vivir sin Estado, sin policías, sin abogados, sin gobernantes. Esta clausura de la subjetividad política de no poder imaginarnos sin el autoritarismo de gobernantes ni de la violencia del Estado con todo su séquito de burócratas y expertos es uno de los más poderosos logros de las ideologías políticas dominantes (de las derechas, el sentido común liberal, las socialdemocracias o los marxismos).

Antes que el resultado de un acuerdo voluntario entre individuos, como sugieren las teorías contractualistas, para los anarquistas el Estado es una imposición que ha expropiado la capacidad de autogobierno de las personas mediante el entonamiento de un ejército de burócratas y expertos, así como de los políticos como clase parasitaria. Esta expropiación tiene efectos en las subjetividades políticas, en la medida en que promueve la aceptación de la subordinación y el plegamiento a ser gobernados por la clase política y los burócratas como algo natural. Para los anarquistas, las leyes, regulaciones y dispositivos burocráticos no son simples mecanismos indispensables, sino dispositivos de reproducir la desigualdad estructural que delimitan la vida social e imponen obediencia por la amenaza fuerza.

Frente a esta situación, los anarquismos se plantean la urgencia de construir formas de organización social basadas en la autogestión, la asociación voluntaria y el apoyo mutuo. Estas formas no dependen de un autoritarismo centralizado ni de mecanismos de representación política, sino que se sustentan en la participación directa de quienes se ven afectados por las decisiones. La crítica a la representación política es fundamental, ya que se considera que cualquier delegación de poder tiende a generar élites separadas que actúan en función de sus propios intereses.

La concentración de poder, incluso si se justifica en nombre de la emancipación (como en la famosa «dictadura del proletariado»), es vista como una fuente inevitable de nuevas formas de dominación y de cristalización de privilegios. El poder corrompe. De eso encontramos abundantes ilustraciones en la historia. En lugar de tomar o transformar el aparato de Estado, los anarquistas buscan su abolición inmediata. El Estado y los gobernantes que lo parasitan son parte del problema, no de la solución. Las farsas electorales y la democracia representativa, tan celebradas desde el sentido común liberal, no engañan a los anarquistas. Tampoco lo logran las retóricas socialdemócratas de progresivas reformas desde las «entrañas del monstruo» mientras se goza de las mieles de los privilegios de las clases políticas dominantes. Menos lo logra de la perversa apelación al autoritarismo de un idealizado sujeto de la revolución o el «hombre nuevo» desde la obscena figura de la dictadura del proletariado, ni del Partido como signante maestro (figura secularizada de un nuevo dios).

Para los anarquistas la transformación social no se concibe como un proceso que deba esperar a un momento futuro, sino como algo que comienza en el presente, en el aquí y el ahora. Nada del día cero, postergado en un después que nunca llega. Actuar como si uno ya fuera libre, encarando en prácticas con otros los constreñimientos del mundo autoritario. La idea de *política prefigurativa* expresa ese principio del anarquismo de no negociar la coherencia entre medios y fines: «anarquistas insistían en que no era solo que los fines no justificaran los medios [...], sino que esos fines nunca se alcanzarán si los medios no encarnan un modelo del mundo que se pretende crear» (Graeber, 2014, p. 192). No basta con aspirar a una sociedad libre de jerarquías; es necesario arriesgarse, desde ahora, en practicar efectivamente esas relaciones horizontales.

Desde el anarquismo, entonces, la transformación social no se reduce a la confrontación con el poder para sustituirlos a «ellos» por «nosotros», a invertir los términos de la dialéctica del amo del esclavo manteniendo su estructura (Fanon, 2009), sino que se orienta hacia la creación de formas de imaginación y de existencia que lo desbordan, que están más allá y más acá de sus visibilidades y ansiedades. No se busca reemplazar a quienes detentan el poder, sino por dismantelar las condiciones que hacen posible su existencia. La idea de que el

poder puede ser tomado y utilizado en beneficio de los oprimidos es rechazada, ya que se considera que cualquier forma de poder centralizado tiende a reproducir las mismas lógicas que pretende superar.

Así, la democracia directa y la acción directa constituyen dos principios que adquieren un lugar central en las prácticas anarquistas. La primera no se reduce a un procedimiento de toma de decisiones, no es sumatoria de mayorías, sino que expresa una forma de organización en aras de llegar a consensos vinculantes, orienta las posiciones y prácticas con otros. La segunda no es simplemente una táctica de protesta, ya que no se circunscribe a operar desde la lógica del reconocimiento por parte de un orden político y jurídico autoritario. No es mendigarle al Estado y sus clases gobernantes de turno que nos reconozcan derechos. No es el «derecho como techo» de la imaginación política. Menos aún es endosarle los cambios sociales a los que nos expropian la posibilidad de decidir y hacer sobre nuestras vidas con la amenaza de la violencia de la ley o de las armas.

La autonomía y la autogestión también constituyen otros dos principios de las prácticas anarquistas. La autonomía no se concibe como una concesión de una instancia superior, sino como una práctica que se ejerce en la medida en que los individuos, en confluencia voluntaria con otros, asumen el control de sus propias condiciones de existencia. Esta autonomía no implica aislamiento ni ensimismamiento, sino una forma de interdependencia basada en el apoyo mutuo permanentemente consensuado.

La autogestión constituye la expresión concreta de esta autonomía. Supone la apropiación de los medios de reproducción de la vida propia en intencional confluencia con otros, eliminando la separación entre quienes deciden y quienes ejecutan, entre quienes se apropian del trabajo ajeno y quienes trabajan para otros. Así, la crítica a la propiedad privada no se dirige a los bienes de uso personal, sino a la concentración de recursos que permite la explotación del trabajo ajeno y el despojo de los recursos. La autogestión no es únicamente económica, sino una transformación de las subjetividades, en la que las personas dejan de concebirse como subordinadas a los intereses de los patrones (amos).

Teoría social

Pensar la teoría social desde un prisma anarquista implica, en sentido estricto, un doble movimiento de desplazamiento e interrupción frente a la estadolatría y al sentido común liberal que han estructurado buena parte de la teoría social. Se trata de sospechar del supuesto de que el Estado constituye el horizonte ineludible de lo político, ya sea como instancia de orden, como garante de derechos o como centro privilegiado de la dominación. Este gesto no supone negar la relevancia empírica del Estado, sino descentrarlo como principio organizador de la inteligibilidad,

abriendo la posibilidad de formular otras preguntas: no solo cómo se instituye y reproduce el poder estatal, sino cómo es cotidianamente evitado, desbordado, erosionado o vuelto irrelevante en múltiples prácticas sociales.

Lejos de ser meras anomalías o residuos prepolíticos, estas formas de organización revelan la persistencia de capacidades sociales de autogestión, reciprocidad y cooperación que el sentido común liberal tiende a invisibilizar o subsumir a la institucionalidad estatalizada. Así, para James C. Scott:

Si uno se pone las gafas anarquistas y observa desde este ángulo la historia de los movimientos populares, de las revoluciones, de la política cotidiana y del Estado, le saldrán a la luz determinadas percepciones que desde cualquier otro ángulo quedan oscurecidas. También se hará evidente que las aspiraciones y la acción política de personas que nunca habían oído antes hablar del anarquismo o de filosofía anarquista contienen principios anarquistas activos. (2002, p. 10)

La historia deja de leerse, entonces, como una sucesión de eventos organizados en torno a la toma del poder estatal, la consolidación de instituciones o la estabilización de órdenes políticos jerarquizantes. Sin desconocer estos aspectos, pierden su monopolio interpretativo. En su lugar, se vuelven visibles tramas que suelen quedar en segundo plano: arreglos locales, formas de cooperación no institucionalizadas, prácticas de autogobierno que operan en los márgenes o en las grietas de los dispositivos estatales.

A este desplazamiento se suma una crítica al capitalocentrismo, esto es, a la tendencia a asumir el capitalismo como marco totalizante y condición omnipresente de toda vida social, frente al cual las prácticas económicas aparecen siempre subordinadas, derivadas o marginales. Desde una sensibilidad anarquista, este supuesto también es objeto de sospecha, en la medida en que invisibiliza la heterogeneidad de formas de producción, intercambio y subsistencia que coexisten, se articulan o incluso escapan a las lógicas del capital. De ahí que la interrogación no se limite a las modalidades de acumulación o explotación capitalista, sino que se extienda a las múltiples economías y arreglos sociales que, en lo cotidiano, configuran espacios de relativa autonomía, cooperación y desmercantilización, cuestionando así la centralidad epistémica atribuida tanto al Estado como al capital en la teoría social contemporánea.

La centralidad del Estado o del capital deja de ser un punto de partida incuestionado y pasa a ser un problema. El prisma anarquista opera como una intervención crítica sobre las condiciones de inteligibilidad que estructuran la producción de conocimiento. Lo que aparece como conocimiento supone unas políticas de la ignorancia, unas preguntas se hacen porque otras no se plantean, y esa asimetría no es accidental sino constitutiva de la forma misma en que se organiza el campo

de lo pensable. Más que un simple sesgo, se trata de un régimen de atención que fija la mirada en ciertos procesos y la retira de otros, produciendo la ilusión de que solo allí ocurre lo relevante. En esa operación quedan fuera, no por inexistentes sino por desatendidos, un conjunto de prácticas, arreglos y experiencias que no se dejan traducir fácilmente a los lenguajes del Estado o del capital. El gesto anarquista consiste precisamente en perturbar esa economía de la mirada, no para sustituir un centro por otro, sino para volver problemático el modo en que algo llega a ser reconocido como objeto de conocimiento.

La referencia de James C. Scott (2002) a unas gafas anarquistas permite precisar con mayor densidad el tipo de operación en juego. Scott ha mostrado cómo el Estado moderno depende de una producción sistemática de legibilidad, esto es, de esquemas que simplifican la complejidad social para hacerla susceptible de intervención, administración y control. Esta operación no es inocente, sino profundamente política, en la medida en que aquello que no se deja traducir a esos esquemas tiende a ser ignorado, subordinado o destruido. Algo análogo ocurre con buena parte de la teoría social contemporánea, que privilegia aquello que puede ser estabilizado en categorías reconocibles, comparables y acumulables dentro de sus propios circuitos de validación. En este sentido, no solo describe la realidad, sino que contribuye a producirla en términos de aquello que resulta inteligible bajo sus presupuestos.

Este prisma anarquista invita a interrogar las categorías con las que se ha pensado históricamente la política, poniendo en cuestión el privilegio otorgado a la autoridad, la representación y la organización vertical. En esa medida, la teoría social desde un enfoque anarquista no solo amplía el campo de lo visible, sino que también desestabiliza los supuestos que han estructurado la comprensión dominante de la vida colectiva, abriendo la posibilidad de pensar lo político más allá de los límites impuestos por el estado y sus formas de racionalidad.

Es precisamente este desborde el que suele quedar fuera de campo cuando se privilegian esquemas de inteligibilidad que responden a las necesidades del Estado o a las inercias del pensamiento académico. Las “gafas anarquistas” obligan a reconsiderar aquello que ha sido sistemáticamente invisibilizado, abriendo un espacio para pensar la densidad política de prácticas que no encajan en los marcos convencionales de la teoría social.

El reciente libro *El amanecer de todo: una nueva historia de la humanidad* de David Graeber y David Wengrow (2022) es un ejemplo de lo que he llamado el prisma anarquista. Este libro constituye una crítica profunda a las narrativas evolucionistas que han dominado la comprensión de la historia humana, desde donde se han planteado gran parte de las preguntas que han orientado la teoría social. Los autores cuestionan la idea de una secuencia lineal que

va de sociedades simples e igualitarias a sociedades complejas y jerárquicas, mostrando que la evidencia arqueológica y etnográfica revela una diversidad mucho mayor de formas de organización social. A lo largo del libro argumentan que la desigualdad, el Estado o la dominación no son destinos inevitables, sino configuraciones históricas contingentes. En ese sentido, desmontan los supuestos heredados de la Ilustración europea que reducen la historia a una tensión entre libertad e igualdad, y proponen en su lugar una historia abierta, caracterizada por experimentaciones políticas múltiples.

El anarquismo opera como una sensibilidad que orienta las preguntas y el enfoque analítico. El énfasis en la capacidad de las sociedades humanas para autoorganizarse, en la crítica a la naturalización de la autoridad y en la atención a formas no jerárquicas de organización social remite claramente a preguntas desde el prisma anarquista. Los autores insisten en que los seres humanos han sido históricamente agentes reflexivos capaces de cuestionar y transformar sus propias instituciones, lo que implica rechazar cualquier determinismo histórico fuerte. Asimismo, resaltan la importancia de lo que denominan la crítica indígena, mostrando cómo interlocutores amerindios influyeron en debates europeos sobre libertad, desigualdad y organización social, invirtiendo así la dirección habitual de la genealogía intelectual moderna.

El cambio de perspectiva teórica que propone el libro radica en desplazar las preguntas clásicas sobre el origen de la desigualdad hacia una indagación por las condiciones que han limitado la imaginación política. En lugar de asumir que procesos como la agricultura o la urbanización conducen necesariamente a jerarquías estables, los autores documentan sociedades que alternaron entre formas igualitarias y jerárquicas, o que desarrollaron instituciones complejas sin recurrir a estructuras estatales centralizadas. Este enfoque implica una crítica tanto al evolucionismo como a ciertas versiones del materialismo histórico, al tiempo que abre la posibilidad de pensar la historia como un campo de experimentación social. En última instancia, la obra invita a reconsiderar no solo el pasado, sino también los horizontes políticos del presente, al mostrar que otras formas de vida colectiva no solo fueron posibles, sino efectivamente existentes.

Este desplazamiento permite identificar con mayor precisión la *captura liberal* que atraviesa al establecimiento académico. No se trata únicamente de la adhesión explícita a ciertos valores, ni de la defensa programática de determinadas instituciones, sino de algo más profundo y difícil de interpelar: la sedimentación de un sentido común que organiza de antemano lo pensable. El Estado y el mercado no aparecen solo como objetos de análisis, sino como condiciones de posibilidad de la vida social misma. Incluso cuando se les somete a crítica, esta suele operar dentro de sus propios términos, desplazándose hacia su reforma, su regulación o su ampliación inclusiva. De este modo, el desacuerdo se mantiene contenido

en un marco compartido que rara vez es problematizado. Esa es, precisamente, una de las formas más eficaces de la captura liberal: no necesita imponerse como ideología explícita porque ya estructura el horizonte desde el cual se piensa. Así, la imaginación teórica se apoca y empobrece, mientras que la imaginación política se banaliza y paraliza derivando en patéticos comités de aplausos.

Esta operación no se restringe a quienes ocupan posiciones dominantes dentro del campo académico. También atraviesa a discursos que se enuncian desde lugares subalternos o críticos, en la medida en que estos recurren a las mismas categorías para hacerse inteligibles y legibles. Nociones como ciudadanía, derechos, representación o gobernanza funcionan como lenguajes disponibles que permiten articular demandas, pero al mismo tiempo delimitan el campo de lo posible. En ese sentido, el sentido común liberal no solo define los términos del debate, sino que establece qué cuenta como problema y qué tipo de soluciones pueden ser formuladas sin resultar ininteligibles o descartables. La reiteración de estas categorías, incluso en clave crítica, contribuye a estabilizar un orden de pensamiento en el que la centralidad del Estado y del mercado permanece incuestionada.

Desde un prisma anarquista, esta naturalización se vuelve visible en su carácter histórico y contingente. Lo que aparece como necesario o inevitable se revela como el resultado de procesos específicos, de imposiciones, de disputas y de sedimentaciones que podrían haber sido de otra manera y que, en muchos casos, coexistieron con arreglos distintos. Este señalamiento no conduce a la sustitución de un modelo por otro, ni a la afirmación de un esquema alternativo que vendría a ocupar el lugar del anterior. Lo que se produce es un desplazamiento de la mirada hacia aquello que estas categorías dejan fuera o subordinan: formas de organización que no se articulan en torno a la delegación de poder, prácticas de cooperación que no dependen de la mediación estatal, economías que no se reducen a la lógica mercantil.

En ese movimiento se reabre un campo de interrogación que había sido clausurado por la reiteración de los mismos problemas y las mismas respuestas. La atención se desplaza hacia experiencias históricas y contemporáneas que muestran que lo social no ha estado ni está restringido a las formas que el pensamiento dominante presenta como inevitables. No se trata de convertir esas experiencias en modelos ni de proyectarlas como alternativas acabadas, sino de reconocer en ellas una evidencia que incomoda: la de que existen otras maneras de organizar la vida colectiva que han sido sistemáticamente opacadas. Esa evidencia introduce una tensión en un campo académico que ha aprendido a confirmar lo que ya sabe, a moverse dentro de un repertorio estabilizado de categorías y a evitar aquello que desborda sus marcos de inteligibilidad. Es en esa tensión donde se juega, al menos en parte, la posibilidad de interrumpir la miseria de la imaginación teórica y política que caracteriza al presente.

Metodologías en fuga

Lo que aquí se plantea como metodologías en fuga no es simplemente un ajuste menor dentro de los diseños existentes, sino una interrupción deliberada de las modalidades más convencionales de investigar. Hablar de «metodologías en fuga» supone asumir que los diseños metodológicos no son neutrales ni inocentes, sino que suelen operar como mecanismos sedimentados y sancionados que delimitan en gran parte lo que puede ser investigado y cómo debe serlo. Desde un prisma anarquista, resulta particularmente sugerente la crítica de Paul Feyerabend (1986), quien cuestionó la pretensión de una racionalidad científica unificada y defendió una suerte de anarquismo epistemológico donde la producción de conocimiento no se somete a reglas fijas, sino que se nutre de la proliferación, la desviación, la irreverencia epistémica y la heterogeneidad de prácticas.

Estas metodologías en fuga también las podríamos pensar en clave de algunos principios del anarquismo. A modo de ilustración voy a centrarme en dos, en la autonomía y la autogestión. Esto no quiere decir que son los únicos. La elección de estos dos no responde a una pretensión de una jerarquización normativa frente a otros principios igualmente relevantes, como el apoyo mutuo, la desobediencia civil, la política prefigurativa, el federalismo o la acción directa. Más bien obedece a que la autonomía y la autogestión permiten hacer visibles, de manera particularmente nítida, dos dimensiones decisivas de la práctica investigativa: por un lado, la posibilidad de desenganchar la formulación de problemas y preguntas de los marcos instituidos que tienden a capturarlos; por otro, la reorganización de los modos concretos en que se produce conocimiento, en términos de decisión, validación y circulación.

Pensar la autogestión como metodología de fuga desde un prisma anarquista supone interrogar de frente la dependencia estructural de la investigación respecto a la financiación estatal o a la demanda del mercado, no solo como problema de recursos sino como forma de plegamiento del conocimiento experto a las tecnologías de gobierno y a la acumulación del capital. Esperar que el Estado financie o que el mercado demande supone una relación que inscribe la investigación en circuitos de validación, temporalidades y prioridades que, por muy crítica que se imagine, la subsumen a hacerle la tarea al poder. Lo que se investiga y cómo se investiga queda así condicionado por criterios de pertinencia, impacto, utilidad o rentabilidad que operan como filtros de inteligibilidad.

Sabemos que el Estado tiende a financiar en la medida en que el conocimiento producido se convierte en insumo para gobernar, es decir, para inventar-intervenir de manera más eficaz, más fina y más extendida poblaciones y geografías. Eso que se llama políticas públicas, con todas las buenas intenciones que suelen esgrimirse, no son más que eso: vueltas de tuerca para gobernar más adecuadamente el mundo.

Por su parte, el mercado impulsa la investigación en función de su capacidad de traducirse en ventajas competitivas, optimización de procesos o ampliación de márgenes de acumulación, lo que en muchos casos supone también formas más sofisticadas de explotación. En ambos casos, lo que se investiga y cómo se investiga queda condicionado por estos horizontes, que operan como criterios de relevancia.

Pero más allá de sus efectos prácticos, esa demanda descansa en un supuesto más profundo que rara vez se problematiza: la idea de que el Estado es una instancia necesaria e insustituible para la existencia misma de la investigación. Al reclamar más inversión estatal, no solo se busca redistribuir recursos, sino que se reafirma al Estado como condición de posibilidad de lo público y como garante último del conocimiento legítimo, al tiempo que se legitiman y fortalecen las burocracias encargadas de administrar, evaluar y distribuir esos recursos. Estas burocracias no operan como meros intermediarios neutrales, sino como dispositivos que establecen criterios de pertinencia, formatos de validación y jerarquías de reconocimiento, configurando de manera decisiva qué cuenta como investigación valiosa y qué no.

Desde un prisma anarquista, lo que se pone en cuestión es precisamente esa presuposición. No se trata únicamente de señalar que el financiamiento estatal puede capturar u orientar la investigación, sino de interrogar la dependencia que se construye cuando se asume que sin el Estado no habría investigación posible o socialmente relevante. Esta naturalización clausura de entrada la imaginación de otras formas de sostener lo colectivo, en las que la producción de conocimiento no esté mediada por una instancia central que autoriza, regula y distribuye. En este punto resulta crucial no colapsar el Estado con lo público ni con lo colectivo, como si fueran equivalentes. Identificar lo público exclusivamente con lo estatal implica invisibilizar otras formas de producción y sostenimiento de bienes comunes, así como reducir lo colectivo a lo administrado por un aparato basado en la amenaza de la fuerza. Desde esta perspectiva, el problema no es solo cuánto financia el estado, sino el lugar que se le concede como horizonte necesario, lo que limita la posibilidad de pensar y practicar arreglos distintos donde lo público no se agote en lo estatal ni lo colectivo en sus dispositivos burocráticos y autoritarios de gestión.

Pensar la autonomía como metodología de fuga desde un prisma anarquista supone desplazar la investigación de su inscripción casi automática en marcos de autorización externa hacia una práctica que se da sus propias condiciones de posibilidad en el mismo proceso de indagación. La autonomía no se reduce a una independencia formal frente a instituciones o financiamientos, sino que implica una reconfiguración del lugar desde el cual se formulan las preguntas, se definen los problemas y se reconocen las formas de validez. La fuga no consiste en situarse por fuera de toda relación, sino en sustraer la investigación de la obediencia anticipada a agendas, lenguajes y criterios que ya establecen de antemano qué

cuenta como relevante. La autonomía introduce así una interrupción en la cadena de traducciones que convierte la investigación en un insumo predecible, permitiendo que el proceso mismo desborde los marcos que pretendían contenerlo.

Esto tiene efectos concretos sobre la práctica investigativa. La autonomía desorganiza la secuencia lineal que va de la formulación del proyecto a la obtención de resultados esperados, abriendo un espacio donde la indagación no está obligada a confirmar lo previamente planteado. Supone sostener preguntas que no necesariamente son legibles en los repertorios dominantes, así como habitar tiempos que no se ajustan a cronogramas estandarizados. Desde esta perspectiva, la incertidumbre no es un déficit que deba ser gestionado, sino una condición que se asume y se trabaja. La metodología deja de ser un dispositivo de aseguramiento y se convierte en una práctica reflexiva que se modifica en función de lo que encuentra.

En clave anarquista, esta autonomía no es individualista ni se agota en la figura del investigador que decide por sí mismo, sino que se juega en relaciones donde la autoridad no está previamente distribuida ni garantizada. Implica reconocer que la investigación se produce en entramados donde nadie debe detentar de manera autoritaria el cierre de la interpretación, lo que no significa que «todo vale» y que no existen criterios para entender mejor el mundo. La autonomía como metodología de fuga no apunta a la autosuficiencia, sino a la posibilidad de sostener procesos de conocimiento que no estén completamente capturados por las lógicas de gobierno o de mercado.

Asumir este tipo de metodologías en fuga implica estar dispuesto a asumir costos. Supone sustraerse, al menos parcialmente, a la lógica del reconocimiento que organiza la producción de prestigio, legitimidad y circulación de lo que aparece como conocimiento. En tanto que no se pliegan dócilmente a las formas esperadas de formulación, validación y evaluación, estas metodologías son irrelevantes desde los parámetros del establecimiento y sus burocracias. La fuga no es una posición cómoda, sino una práctica que implica aceptar operar en la intemperie. No es un lujo que se da alguien cuando es «grande» y reconocido, como suelen decir ciertos jóvenes colegas que empiezan sus carreras. Al contrario, quienes han andado inclinados toda su vida, quienes han fundado su reconocimiento en esos plegamientos, son los menos dispuestos a pararse. Suelen defender con los dientes sus micropoderes y privilegios, mofándose de quienes les recuerdan sus tristes dependencias.

Pero ese precio también reconfigura las condiciones desde las cuales se investiga. Escapar a la lógica del reconocimiento del amo no significa operar en un vacío, sino aprender a habitar en los márgenes como un espacio de generación irreverente y no únicamente de carencia. Esto implica articular otros ritmos, otras sensibilidades e interlocuciones. Pero sobre todo dimensionar para qué uno hace lo que hace, cuál es el sentido de sostener ciertas preguntas incluso cuando no

son legibles o valorizadas en los circuitos dominantes. La investigación deja de ser un medio para acumular capital simbólico y se convierte en una práctica situada para hacer sangrar el mundo de los privilegios, de las extorsiones existenciales... de los dioses y amos.

Materialidades en el establecimiento académico

La empresarialización de la universidad supone una reorganización de las condiciones materiales bajo las cuales se sostiene la vida académica. No solo redefine criterios de eficiencia o productividad, sino que articula las posibilidades mismas de su problematización. Lo que puede pensarse, formularse o sostenerse como interrogante depende de un entramado de prácticas, relaciones y dispositivos que organizan la reproducción de la existencia de quienes habitan el establecimiento académico. Contratos, evaluaciones, cargas docentes, trámites, reuniones, indicadores y dependencias de financiamiento no constituyen un trasfondo neutro, sino una infraestructura material que incide de manera directa en la orientación del trabajo intelectual (Díaz Crovetto, 2018).

La cuestión no es únicamente qué conocimientos y elaboraciones se producen, sino bajo qué condiciones materiales estas pueden sostenerse en el tiempo sin comprometer posiciones anarquistas que se asumen. La estabilidad laboral, el acceso a recursos, el reconocimiento institucional y la posibilidad de continuar en el circuito académico dependen en gran parte de la capacidad de inscribirse obedientemente en formatos reconocibles y evaluables.

Cuando se atiende a esta materialidad cotidiana, la imagen de la academia como espacio privilegiado para la gestación y circulación de ideas se desvanece. La mayor parte del tiempo, los académicos se encuentran absorbidos por tareas que no se orientan directamente a la reflexión o a la investigación, sino a la gestión de exigencias institucionales muchas de las cuales responden a los caprichos y ansiedades de las burocracias académicas. Como advierte David Graeber, la proliferación de formularios y procedimientos no constituye un exceso accidental, sino una forma de organizar la vida social, al punto de que «nuestras vidas han acabado organizándose en torno a rellenar formularios» (2015, p. 47). Esta burocratización no se limita a registrar la actividad, sino que la produce en sus términos. La figura del académico se aproxima más a la de un funcionario que administra su desempeño en función de parámetros predefinidos por lógicas ajenas a su campo disciplinar (Díaz Crovetto, 2018)

Las consecuencias son profundas. Por un lado, se desalientan las trayectorias intelectuales más creativas y críticas, que tienden a quedar marginadas en un sistema que privilegia la conformidad con sus dispositivos de evaluación. Por otro, la vida académica se organiza crecientemente en torno a rutinas administrativas que

terminan estructurando la experiencia cotidiana, al punto de que la producción intelectual queda subordinada a la gestión de formularios, reportes e indicadores (Graeber, 2018, p. 27).

Mientras que la crítica discursiva puede ser incorporada como parte del repertorio legítimo de la academia, la problematización de las condiciones materiales desde las prácticas tiende a encontrar límites más estrictos. Interrumpir las lógicas de evaluación, desajustarse de los ritmos de productividad o sustraerse a los circuitos de validación no es fácilmente tolerable, en la medida en que pone en cuestión no solo un modelo de universidad, sino la organización misma de la vida académica como forma de gobierno.

Desde un prisma anarquista, lo que está en juego no es la formulación de un programa alternativo de universidad, sino la posibilidad de introducir desplazamientos en las formas concretas en que se habita ese entramado de exigencias. En términos de lo inmediato y en el plano del alcance individual, la noción de un cimarronismo simbólico resulta sugerente para nombrar prácticas que no se presentan como confrontaciones frontales ni como abandonos totales, sino como fugas parciales, oblicuas, que interrumpen sin anunciarse las lógicas del productivismo y los autoritarismos académicos.

Este cimarronismo simbólico opera en el registro de los desajustes. Implica, por ejemplo, introducir ritmos y estrategias que no se dejen capturar por la urgencia de publicar en dónde y cómo «debe ser». Supone, además, una relación menos dócil con los dispositivos de evaluación, no tanto en términos de rechazo explícito, sino mediante formas de cumplimiento parcial y dilatado, desplazamiento o resignificación que eviten convertirlos en el principio organizador de la práctica intelectual.

Elegir un tema investigable, formular una pregunta en términos legibles, priorizar ciertos productos sobre otros, aceptar determinadas temporalidades o formatos, son gestos que reproducen las condiciones que se critican. Desde una sensibilidad anarquista, el problema no se reduce a denunciar esa captura, sino a identificar los puntos en los que es posible interrumpirla, incluso de manera parcial y situada. No se trata de una apelación a la pureza o una superioridad moral, sino de desplazamientos concretos en la práctica.

Desde un prisma anarquista, teniendo en mente lo de la política prefigurativa, es crucial la coherencia entre lo que se sostiene en el plano discursivo y las formas de vida que se reproducen en la práctica. Cualquier crítica se vuelve banal cuando no cínica sino se confronta con las propias formas de inserción en el campo académico en particular y con las vidas que se ha decidido vivir en general. No se trata de una exigencia moralizante de pureza, sino de una atención a la coherencia entre lo que se dice-escrbe y lo que se hace (empezando por las éticas y estéticas de la existencia propia).

Estas operaciones no eliminan las tensiones ni resuelven las dependencias materiales. La inserción en el establecimiento académico sigue implicando negociaciones y compromisos que no pueden ignorarse. Por eso lo ideal es escapar a él, sobre todo en estos tiempos en los cuales, como suele indicar Ochy Curiel (2009), las transformaciones sustantivas de estos mundos no vendrán de ese establecimiento académico moribundo.

Y es en sus márgenes y afueras donde pueden articularse intervenciones relevantes desde un prisma anarquista. Des-solemnizar la universidad y sus doctores, propiciar otros lenguajes y preguntas con colectividades con vertientes de tropes compartidos, en confluencias consensuadas y críticas de idealizaciones y romanticismos, en prácticas de irreverencia situadas que no se circunscriban a lloriquearle al Estado y sus burócratas por reconocimiento de derechos, en desacomodos de categorías buenistas que cancelan el pensamiento en órdenes y sujetos morales prefabricados... en interrumpir las certezas que introducen las lógicas del reconocimiento, pero también las lógicas del resentimiento (Fanon, 2009) en un mundo definido por dios y los amos.

Conclusiones

El prisma anarquista busca cuestionar la estadolatría y el capitalocentrismo que han capturado en gran parte las preguntas relevantes de la teoría social. Al poner en cuestión esa centralidad, se interroga por el modo en que estructuran de antemano lo que cuenta como problema, evidencia o explicación. Lo que introduce el prisma anarquista, entonces, es una sospecha radical sobre esa necesidad, no para negar su existencia, sino para dejar de tratarlos como coordenadas inevitables, como lo que agota el corpus de lo relevante, de lo único que amerita atención o lo que establece el contraste desde el cual se entiende el mundo de la experiencia y la vida social.

Por su parte, las metodologías en fuga se plantean como una interrupción de los modos convencionales de investigar, en la medida en que desenganchan la producción de conocimiento de su borregal plegamiento a agendas, financiamientos y dispositivos de evaluación. Las metodologías en fuga no proponen un método alternativo que pueda institucionalizarse, sino que desarticulan la relación entre investigación y obediencia a marcos predefinidos de relevancia, financiamiento y validación. Al cuestionar la dependencia estructural respecto al Estado y al mercado, no se limitan a señalar sus efectos, sino que problematizan el supuesto de que sin esas mediaciones no habría producción legítima de conocimiento.

En ese desplazamiento, la autonomía y la autogestión dejan de ser principios abstractos y se convierten en prácticas que afectan directamente cómo se formulan las preguntas, cómo se sostienen los procesos y con quiénes se producen. Esto

implica renunciar a la seguridad que ofrecen los circuitos de reconocimiento y asumir la investigación como una práctica sin garantías, expuesta a la irrelevancia desde los parámetros dominantes. La fuga, entonces, no es una salida, sino una forma de operar en condiciones adversas sin reducir el trabajo intelectual a su función dentro de los dispositivos que buscan administrarlo.

La producción académica no puede entenderse al margen de las condiciones materiales que la hacen posible. La creciente pobreza de la imaginación teórica y la ritualización de la crítica no son simples limitaciones epistémicas, sino efectos de un entramado institucionalizado en el cual se han entronizado las ansiedades y exigencias de burocracias académicas que organiza ritmos, modalidades y pertinencias. La empresarialización de las universidades no solo afecta lo que se investiga, sino cómo se experimenta y constituye la vida académica.

Es urgente descentrar, en la práctica (con todas sus implicaciones en éticas y existencias de sí), el establecimiento académico como horizonte privilegiado de producción de conocimiento, gozándose márgenes y espacios proscritos. Sostener procesos que no dependan de la autorización académica, tejer interlocuciones que no pasen por la mediación de sus burocracias y asumir ritmos que no responden a la urgencia de producir resultados capturables por indicadores. Nunca ha sido buena idea abandonar la universidad a las derechas (o a las izquierdas autoritarias e iluministas), pero tampoco lo es quedarse suponiendo que solo con enunciar críticas es suficiente: ¡No! Desde un prisma anarquista es indispensable materializar las irreverencias e insumisiones para pensar teóricamente más allá del Estado y el sentido común liberal, para interrumpir los diseños metodológicos convencionales, y para ir más allá de aparecer muy críticos en el discurso (y firmar muchos comunicados en las redes sociales), pero pusilánimes e incoherentes en cómo encaramos los chantajes de las burocracias académicas.

Referencias

Curiel, O. (2009). La crítica postcolonial desde el feminismo antirracista. En Christine Verschuur (ed.) *Vents d'Est, vents d'Ouest*. Graduate Institute Publications.

Díaz Crovetto, G. (2018). El valor de las palabras: control, disciplinamiento y poder en torno al conocimiento antropológico: lecturas y reflexiones a partir del caso chileno. En: P. Gatti & L. Souza (eds.), *Diálogos con la antropología latinoamericana* (pp. 13-22). ALA.

Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Ediciones Akal.

Ferrero, L. (2025). Revistas científicas: Un llamado a la desobediencia. *Ucronías*, 12 (julio-diciembre), 13–28. <https://doi.org/10.5281/zenodo.17419516>

Ferrero, L., Rojas, A. & Restrepo, E. (2025). Buenismo. *Tabula Rasa*, 54, 19-41. <https://doi.org/10.25058/20112742.n54.02>

Feyerabend, P. (1986). *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Tecnos.

Graeber, D. (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor: la moneda falsa de nuestros sueños*. Fondo de Cultura Económica.

Graeber, D. (2015). *La utopía de las normas*. Ariel.

Graeber, D. (2014). *Somos el 99 %: una historia, una crisis, un movimiento*. Capitan Swing Libros

Graeber, D. (2011). *Fragmentos de antropología anarquista*. Virus Editorial.

Graeber, D. & Wengrow, D. (2022). *El amanecer de todo: una nueva historia de la humanidad*. Editorial Ariel.

Makaran, G. & Brancaleone, C. (2024). *Alebrijes anárquicos: anarquía, praxis anticolonial y autonomía en América Latina*. Bajo Tierra; Editorial Eleuterio.

Scott, J. C. (2002). *Elogio del anarquismo*. Capitán Swing.